

ba a salir agua hirviendo y empezaba a cubrir el lugar y a todos los habitantes de allí. Quién sabe si era China o algún otro lugar.»

Una visión de una pagoda también la tuvo en la Lisboa del primer tercio de siglo un poeta como Fernando Pessoa, el cual, en su *Libro del desasosiego de Bernardo Soares*, apuntaba en este relato al mismo tipo de tarea de imaginación poética y espiritual, de tránsito cultural inscrito en la anterior *videncia*: «Mi triunfo máximo en el género fue cuando, a cierta hora ambigua de aspecto y luz, mirando al Muelle del Sodré, nítidamente vi una pagoda china con extraños cascabeles en las puntas de los tejados como sombreros absurdos –curiosa pagoda china pintada en el espacio, en el espacio-satén, no sé cómo, en el espacio que hace perdurar a la abominable tercera dimensión.»

En su trabajo sobre el paisaje y el tiempo atmosférico en esa obra de Pessoa, Ángel Crespo considera babélico el lenguaje resultante de la descripción de paisajes particulares y bien definidos. Estas *contemplaciones* o *videncias* espiritualistas, con su descripción pormenorizada de escenas y comarcas exóticas, estarían proporcionando unos materiales (y en cierto modo lenguajes) babélicos para los sujetos que intervienen en esas ceremonias, y remitiendo a la relevancia ritual de plasmar la copresencia de una pluralidad exótica y en ocasiones incomprensible para un asistente al culto, que experimenta a la vez el choque con lo sagrado y la necesidad de alguna «traducción».

Fue durante mis conversaciones con Juanos, y en su posterior transcripción, cuando fui tomando conciencia de la complejidad e interés que el fenómeno de los *viajes espirituales*, fijados en relatos variados, tenía para las gentes veracruzanas. Desde el taller y salita de su casa de la colonia Hidalgo, este habilidoso sastre acostumbrado a cortar y hacer trajes para ceremonias de graduación profesional, fiestas de salón y para los integrantes de las comparsas del carnaval del Puerto de Veracruz –alguien que experimenta una identidad sexual minoritaria entre sus conciudadanos varones, y el tener «facultad» espiritual–, se reveló como un avezado viajero que se extrañaba y veía estimulada su curiosidad ante las gentes y ciudades contempladas de este singular modo. Sus descripciones de Boston, Nueva York, Tierra Santa o la Gran Vía de Madrid, atentas a diversos detalles, se hallan trenzadas con el asombro del viajero ante lo pintoresco, lo desconocido y lo propio e incluso íntimo descontextualizado. Así viajó en una ocasión a Nueva York, y relataba el mundo que encontró allí: «Sí, yo en mi vida me he subido a un avión, he viajado a México y a otros lugares de aquí pero hasta ahí. Sí he soñado, sí he viajado, por ejemplo he ido a Nueva York, en uno de mis viajes astrales, en una ocasión que según yo en

Nueva York, todo el viaje me lo tiré, ¡llegué! al aeropuerto, grande, ¡grandísimo!, no sabía ni qué onda, muchos negros, mucha gente se me queda mirando, te ven las maletas, te ven las bolsas y ¡era un mundo! No sé si tú has estado allí ¡grandísimo!, yo pienso que no hay mexicano que no haya viajado nunca se imagina eso, y gente y aviones que salen, como si salieran autobuses. Imagínate un indio, llegar a una ciudad, sin conocer a nadie, ni nada, ¡yo me largo! Y adonde fuera. La salida de taxis, me subí a un taxi adonde, no sé, ahí tenía la parada en el parque ese, y ahí veía, había mucha gente que no hablaba inglés, y no pasaba nada, había mucho, mucho hispano, y te digo que ahí yo vi a ese señor del sombrero, a un campesino, a un campesino de Chiapas, ¡en huaraches!, y como es posible que como iba a dar con la dirección, y así yo más bien me encontré en ese parque. Al atravesar el parque me encontré los edificios grandísimos, iba yo paseando por ahí, se hizo tarde, yo quería conocer un lugar donde bailan muchachos desnudos y entré, pero no vi muchos ingleses, yo vi chinos, japoneses masturbándose y agarraban chavos, y los sacaban. Y yo vi esto, vi gente muy bonita bailando, chavos apenas de exhibición.»

Resuena todavía su voz en una conversación aún cercana en el tiempo, expresión de una rica y compleja metabolización de distintas fisiologías en un viaje que detalla (y compone) un tránsito estético hacia la diferencia «exterior», y al tiempo una composición sobre la diferencia sexual, étnica y nacional «interior» (quizás marcada por un enmascaramiento de la cercanía). No en vano la sustancia de su historia muestra los restos de un tránsito intenso –individual y cultural a un tiempo– de la carne (y la imagen) de chinos, japoneses, indios de Chiapas, ingleses, hispanos, campesinos y mexicanos.

Esta clase de relatos de viajes reseñados, en especial los *viajes espirituales* porteños, pueden ser considerados como composiciones –poéticas, artísticas–, a modo de *collages* modernistas, que forman parte y expresan una conversación moderna de fin de siglo en el Puerto de Veracruz, apuntando por un lado a los procesos de constitución y reactualización del sí mismo (*self*) de los veracruzanos, y a la necesidad y divertimento estético evidenciados en esta cultura urbana. Aspectos ambos que puedan quizás ser abarcados y nombrados en una corriente de canibalización de la globalidad «a la veracruzana».

El sujeto veracruzano, en tanto que análogo al de las sociedades caribeñas, se halla cruzado por la necesidad de su reconstitución como sí mismo desde un espacio cultural que queda necesariamente «afuera» (ya sea éste una carretera del estado, Europa, Asia, África o ciudades norteamericanas).

El modo en que Pessoa imaginó los puertos y ciudades periféricas de la modernidad occidental del primer tercio de siglo, es análogo a las formas expresadas en la imaginación cultural porteña para representar y configurar la globalidad, las metrópolis y sus otros relevantes y significativos en este final de siglo, al tiempo que hace aflorar una identidad que, si bien fragmentada y reflejada en espejos y biseles, muestra una extraña fuerza en su precariedad. Estos heteróclitos *viajes espirituales*, en buena medida de «ida-y-vuelta», formulados al otro lado del espejo/océano, se conectan con el tráfico imaginario de «almas» y de imágenes de alteridad, más metropolitano y virtual, que está teniendo lugar en este fin de siglo.

Referencias bibliográficas

- AUGÉ, Marc, 1993: *Los «no lugares». Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*, Gedisa, Barcelona.
- CALVINO, Italo, 1984: *Las ciudades invisibles*, Minotauro, Barcelona.
- CLIFFORD, James, 1995: «Las culturas del viaje», *Revista de Occidente*, nº 170-171, pp. 45-74, Madrid.
- CRESPO, Ángel, 1984: «El paisaje y el tiempo atmosférico en el *Libro del Desasosiego*», *Estudios sobre Pessoa*, pp. 211-244, Bruquera, Barcelona.
- LAGARRIGA ATTÍAS, Isabel, 1975: *Medicina tradicional y espiritismo. Los espiritualistas trinitario-marianos de Jalapa, Veracruz*, SEP, México.
- PESSOA, Fernando, 1991: *El Libro del desasosiego de Bernardo Soares*, Seix Barral, Barcelona.
- PRINZ, Ulrike, 1999: «La metamorfosis como principio estético», *Colloque de la Société Suisse des Américanistes*, noviembre de 1999, Trujillo (Cáceres), (ms).
- MORENO, César, 1998: *Tráfico de almas. Ensayo sobre el deseo de alteridad*, Pre-Textos, Valencia.
- SENNET, Richard, 1991: *La conciencia del ojo*, Versal, Barcelona.
- WALCOTT, Derek, 1996: «Las Antillas: fragmentos de una memoria épica», *La Jornada Semanal*, nº 87, 3-11-1996, pp. 3-6, México.

